

GALICIA.

REVISTA UNIVERSAL DE ESTE REINO.

Sr. Director de la Revista titulada GALICIA:

Muy Sr. mio y estimado amigo: D. Pelayo Catoira me ha dispensado la honra, no merecida, de dedicarme el adjunto escrito.

Como V. verá, es una brillante apologia de nuestra religion santa, obra digna de su jóven autor ventajosamente conocido ya en la república de las letras por sus notables dotes oratorias.

No me propongo hacer un juicio crítico acabado de este trabajo literario, no solo porque mi salud no me permite por ahora entregarme á sèrias tareas, sino porque, apreciar todas sus bellezas, seria empresa poco menos difícil que la de enumerar en primavera todas las flores de los campos.

Por fortuna el juicio crítico de obras semejantes puede y debe tal vez reducirse á esta sola palabra ¡leed!

Diré, sin embargo, que el escrito de que me ocupo no deja solo, como muchos de otros autores, ruido ó á lo mas armonía en el oido, sin sentimiento en el corazon, ni doctrina en la inteligencia, ni uncion en el alma; sino que por el contrario, instruye, persuade, mejora, al mismo tiempo que deleita. Y efectivamente, despues de percibir con su lectura placer, encanto, admiracion, tal vez arrobamiento y éxtasis, se siente uno mas venturoso, mas afirmado en la virtud y mas amante de nuestra religion y de su divino y amoroso Autor. ¡Que á tanto alcanzan la santidad del objeto, la profundidad en las ideas, lo escogido de la erudicion, la grandeza de las imágenes, la inimitable magia del estilo!

Siéntese poseido el lector de santo respeto religioso al contemplar la grandeza con que el autor en las primeras páginas hace cantar á todo lo creado la existencia de Dios, como acontece al entrar en un templo santo, obra asombrosa de arquitectura gótica debida al génio de un superior artista. La narracion histórica, en que á grandes rasgos traza el estado del mundo pagano antes del cristianismo y la influencia de este en la civilizacion, parece debida al poderoso génio de Bossuet. Cree el lector sentir cernerse sobre su cabeza el profundo espíritu de Dante, al llegar á ciertas místicas elucubraciones y contemplar la diafanidad con que se presentan las mas abstrusas ideas religiosas, merced al poder admirable de la palabra. Parece percibirse la dulzura de la de S. Bernardo, de S. Basilio y la de S. Vicente de Paul, al saborear la tierna des-

cripcion del nacimiento de Jesús, las dulcísimas alabanzas á Maria, los justos encomios de las virtudes de la humildad, de la resignacion, de la caridad, y la demostracion del inmenso amor y la bondad de Dios. Imágenes tan grandes, tan propias, tan expresivas solo se encuentran en los libros sagrados. Hay, en fin, en toda la obra muchas bellezas de primer orden, de fondo y forma, no tomadas ni imitadas de otro modelo alguno, propias y peculiares del original génio del autor.

Posee Galicia en el Sr. Catoira, un digno hijo; y aunque la fortuna es con frecuencia injusta, no creo que sea poderosa á impedir su elevacion, y que llegue á ser gloria de su país y una de esas esplendentes lumbreras que la bondad de Dios suele conceder á la humanidad para guiarla á sus elevados destinos.

Espero, por tanto, que siendo V. Sr. Director, tan amante de las glorias pátrias, de las letras y del progreso nacional, se apresurará á dar publicidad en las páginas de su acreditado periódico al mencionado escrito, en el cual solo un defecto encuentro, ó por mejor decir una sobra, y son los elogios que de pasada me tributa el autor, y que espero dispensarán los lectores considerándolos dictados por un exceso de bondadosa amistad y tierna simpatia.

Queda de V. como siempre, Sr. Director, su afectísimo servidor y amigo Q. B. S. M.

EL PEREGRINO.

Sésamo 27 de noviembre de 1861.

EL TRIUNFO DE LA RELIGION.

Epistola á el Peregrino.

Conociendo que aun debias estar afectado por la cruel enfermedad que has sufrido, y pesaroso por haber desaparecido

«la estacion que los campos engalana,
la que dá á cada tallo su capullo
y á cada seco tronco su guirnalda;»

determinaré escribirte algunas páginas sobre un asunto que tuviese el doble privilegio de cautivar poderosamente tu atencion, y consolar tu acongojado espíritu. Al efecto, quise pintarte alguna de esas es-

cenas campestres á las que eres tan aficionado por convicción y por conveniencia; pero lei tus bellisimas cartas á César, y no teniendo en mi paleta colores tan vivos y tan hermosos, arrojé el pincel y varié el propósito, intentando luego abordar alguna de esas gravísimas cuestiones sociales que flotando hoy en la atmósfera de los naciones, perturban el sueño de los hombres de Estado, soliviantan las pasiones de los pueblos y conmueven el trono de los Reyes, pero tambien luego comprendí que si este asunto era digno de la altura de tu ciencia y de la lucidez de tu ingenio, su lectura aun cuando pudiera distraer tu entendimiento no interesaria á tu corazón, no endulzaria la amargura de tu dolor, ni calmaria la agudeza de tus males.

Lo confieso; dudaba ya de obtener este doble resultado, cuando súbitamente me acordé de la Religión y dije: hé aquí la esponja divina que absorbe los dolores de la humanidad; me acordé de la Biblia y dije: hé aquí la panacea de Dios que cierra las heridas del alma: hé aquí, al decir de Donoso Cortés, la fuente de aguas inextinguibles á donde han ido á templar su sed todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo. Pero tambien me acordé que en estos días de escepticismo y de impiedad, la aparicion de un escrito religioso es saludado con desdeñosa sonrisa por esos hombres despreocupados que se avergüenzan de orar al pié de los altares.

Empero, esta fútil consideracion no me detuvo, ni debia detenerme, pues yo les diré con un poeta contemporáneo: «cásame compasion contemplar á mi siglo en medio de la fortaleza de su ciencia y de su civilizacion sin atreverse á confesar en voz alta sus creencias religiosas, por que teme á su vez servir de mofa á la *despreocupacion*, idolo repugnante que él mismo se ha creado y al que se ha visto obligado á obedecer y adorar. Yo tengo lástima, dice, á un siglo que proclama la libertad, y no osa decir lo que cree su conciencia por un temor pueril del *ridículo*, quimera que solo existe en su imaginacion asustadiza, cuando está plenamente convencido que sin fé, sin creencias, sin religion no hay prosperidad pública, ni felicidad doméstica, ni ciencia, ni civilizacion, ni libertad. ¿Por qué, pues, esconder en el fondo de la familia y relegar á la soledad de la alcoba la demostracion de una fé, á la que no podemos menos de volver los ojos en las tribulaciones de esta vida de tránsito que arrastramos sobre la tierra?» (1)

En efecto, amigo mio: Cuando se contempla la terrible magestad de Dios en aquella flamígera zarza del Horeb, intimando á Moisés que antes de oír su sacrosanta palabra, desate el calzado de sus piés, por que aquella tierra está santificada con su augusta presencia: cuando se vé la actitud reverente de aquel pastor que está con sus rodillas hundidas en el polvo, que tiene el rostro cubierto con el sayal por no atreverse á mirar á Aquel que interrogado por su nombre, contesta: Yo soy el que soy: cuando se vuelve á contemplarlo descendiendo á la cumbre del Sinaí, coro-

nado de relámpagos y reclinado en un trono de fuego para intimar los preceptos de la ley á sus queridos Israelitas, que derribados por las laderas del monte, suplican á Moisés, que no les hable mas la magestad del Señor, porque tienen miedo de morir; cuando, por otra parte, se observa con Chateaubriand, que toda la creacion confiesa unisona la existencia de Dios, «que lo bendicen las yervas del valle y los cedros del Libano, el insecto murmura sus alabanzas, el elefante lo saluda al nacer el nuevo dia, las aves celebran su gloria cantando entre el follage, el viento repite su nombre al agitar los bosques, el océano, el rayo y el trueno son humildes señales de su inmensidad y de su omnipotencia (1);» cuando se contemplan la armónica rotacion de las estaciones que no precipitan ni retardan un instante su curso periódico, y el concertado movimiento de esos astros que pueblan el firmamento, parece mentira que el hombre, infusorio perdido en una gota de agua, se desdeñe de caer ante el ara de los templos, para tributar sus adoraciones á aquel Dios del Sinaí, que está sustentando con su aliento la columna de esos mundos que publican su omnipotencia, parece mentira que se avergüence de practicar una religion que costó la vida y la sangre de un Dios, y sin la cual aun comeriamos en las gemonias y con la cadena en el pié, el negro pan de la esclavitud, como lo comieron nuestros progenitores.

II.

Pero antes de admirar las bellezas de la religion y la santidad de su doctrina, veamos el espectáculo que ofrecia el mundo pagano en los momentos en que el hijo de Dios descendia á consumir la redencion de los hombres.

Fatigados se encontraban los imperios y naciones de jugar en los campos de batalla la dominacion alternativa del Oriente y del Occidente: así es que cuando el clarín de los feciales romanos los retó á librar el último combate universal, los pueblos, faltos ya de aliento y no pudiendo resistir el peso de las águilas de los Escipiones, fueron á caer como tigres desangrados á las puertas del Capitolio, y á poner sus coronas á los piés de Júpiter Stator, para que Augusto subiese por ellas á proclamar la soberania del orbe, á cubrir con su manto la estatua sagrada de Jano.

La aurora de la paz sonrosó entonces la faz de los pueblos, si bien la corrupcion de costumbres, y las abominaciones de la idolatria esterilizaron sus beneficios.

Roma, compendio entonces del mundo, envenenado su espíritu con las aguas infectas de Epicuro que bebiera en los manantiales de la Grecia, tuvo necesidad de entregar las águilas de sus legiones, á aquellas crapulosas turbas de proletarios y extranjeros que Sila y Mario reclutaban para ejercitar sus sangrientas venganzas; piara de chacales que despues de segar las cabezas que todas las mañanas les daba en sus listas el dictador, iban á *los Rostros* á pedir

(1) Zorrilla en el prólogo de MARIA.

(1) Ensayo sobre las revoluciones antiguas. Capítulo XXXI.

el oro y las tierras que eran el infame precio de la sangre, para luego correr á las *popinas* á dejarse caer beodos en los brazos de las meretrices. Los mismos patricios sumergidos en los deleites del sensualismo, y trastornados con los perfumes que las naciones del Asia les llevaban en tazas de oro, no tenían tampoco otra ocupacion, que celebrar aquellos espléndidos festines en que hastiados ya de la preciosa caza que les ofrecian las selvas de la Numidia, de los esquisitos peces que salian de las aguas del Adriático, y de los espumosos vinos de Masico y de Falerno, necesitaban ya beber disueltas las ricas perlas del Oriente, comer las lechugas regadas con leche y las morenas cebadas con la carne de los esclavos que el cómitre arrojaba á latigazos en las infectas mazmorras de los palacios, interin sus Señores iban al anfiteatro y á las naumaquias á aplaudir los bailes de nuestras gaditanas, y á presenciarse como las fieras de Africa arrancaban las entrañas á los gladiadores de las Galias. (1) No habia, no podia haber moralidad en Roma. Nueva Cleopatra, tendida en los laureles de sus antiguas glorias, descubrió su pecho para que los áspides de todas las naciones fueran á inocular en su corazon la ponzoña de sus vicios. Por eso no sonrojaba su frente el oprobio de los incestos y de los amores nefandos; por eso las nobles damas ostentaban públicamente sus impúdicos amores, y se inscribian como rameras en los registros del Edil, porque el estigma de la deshonor no quemaba sus mejillas; por eso tenian sus lujosos azafates para llevar sus hijos inocentes victimas á hundirlos en las aguas del Tiber, ó á dejarlos abandonados en la vias públicas, porque en sus conciencias estaba oscurecida la idea de la virtud; por eso eran tan frecuentes los libelos de repudio que, como nos dice Séneca, habia mugeres que contaban sus años por el número de sus maridos y no por el de los Cónsules; por eso aquel pueblo dejaba oír sus rugidos en el Foro, si los Ediles no le daban fiestas y festines: *Panem et Circenses*.

Y sin embargo, aquella época fué la edad de oro de la literatura latina. Murieron los oradores, pero nacieron los poetas. Fulvia envileció la tribuna, al picar con su aguja de oro la lengua del Príncipe de la elocuencia, pero Augusto honró la poesia con la exaltacion de Mecenas; la magestad de la palabra dejó de resonar en el Foro, para que se oyeran las dulces armonias de la lira de Horacio y de la zampoña de Virgilio.

Pero ¡ahl Roma, hundida en el fango del sensualismo, no podia elevar su espíritu para bañarlo en los purísimos resplandores de las musas; manchado su corazon con aquella vergonzosa doctrina que el integérrimo Fabricio queria ver impregnada en el alma de sus enemigos, no comprendia otra celebridad que la pericia de sus cocineros, superiores en rango á los poetas y literatos mas distinguidos. (2)

¿Por qué tan inconcebible aberracion? ¿por qué la Soberana de las naciones no curaba ese estrabismo

que cegaba su inteligencia, esa lepra que comia su corazon? ¿por qué motivo no le advertian sus augures que se hallaba encorvada por el peso de sus abominaciones, y que era fácil que saltase de su frente la corona del Universo? ¿por qué los oráculos de la Grecia no profetizaban á Alarico? ¿qué era lo que le faltaba para que volviese á ser la Roma de los Camilos y de los Fábios? Lo dirá un insigne orador francés. (1) «No le faltaban las letras que se hallaban entonces en un estado de brillantez que los siglos no han podido deslucir. No le faltaban las artes, puesto que la victoria habia hecho de Roma el gran museo del universo. No le faltaban las leyes: su legislacion era la obra maestra de la sabiduria humana. No le faltaban las riquezas: Roma era rica, y rica de las riquezas de las naciones. No le faltaba el desarrollo material: el romano construia con su gran talento caminos, acueductos, arcos de triunfo, palacios que arrostran los siglos, y llevan el sello de su magestad. El habia descubierto secretos para gozar, que nuestro siglo no ha podido todavia hallar, y daba festines que á pesar de nuestros esfuerzos de Sibaritismo, aun no hemos podido igualar. ¿Qué faltaba, pues, á Roma, sábia, literata, civilizada, artista, rica, poderosa y absorta en deleites? Una sola cosa: le faltaban *virtudes*.»

Tan cierto es lo que dice el malogrado Balmes, que una nacion corrompida deslumbra, tal vez, con el esplendor de sus letras y bellas artes, pero bajo su manto de púrpura abriga la llaga que la conduce al sepulcro. (2)

Roma, abriendo sus templos á los Dioses de todas las razas, ensangrentando sus aras con hecatombes orientales, rociando con su agua lustral entrañas de victimas extrangeras, no podia sentir la necesidad de una religion fija que extirpase el cáncer de la concupiscencia que iba gangrenando su vida. Aquellos Dioses pátrios cuyo culto inoculara Numa Pompilio en la conciencia del pueblo, y que tan reverenciados fueron un tiempo, yacian ahogados en las fuentes bituminosas del materialismo. La incredulidad, derivacion lógica de seiscientas religiones toleradas, era la que rompía la virginidad de las sacerdotisas de Vesta, y las alejaba del altar, frio ya sin el sacro fuego.

El cinismo, decorado con el nombre de filosofia, agitaba lúbricamente el espíritu de los grandes hombres hasta hacerlos zozobrar en las aguas corrompidas del ateismo.

Por eso decia Julio César en pleno Senado, que despues de la muerte nada habia; por eso, Ciceron vacilaba entre el polvo de la tumba y la luz de la inmortalidad; por eso Horacio se vanagloriaba de ser un puero de la piara de Epicuro; Caton se mataba, exclamando que la virtud no es mas que una palabra; Augusto preguntaba al tiempo de morir, y mirándose al espejo, si habia representado bien su comedia. (3) Todo perecia en aquella sociedad. El politeísmo iba sumergiéndose en sus caliginosos abismos, princi-

(1) Cantú. Historia universal. Tomo II.

(2) Drioux. Historia romana. Cap. VII. Parte II.

(1) El P. Felix. Conferencia segunda predicada en la Catedral de Paris en la cuaresma de 1857.

(2) Curso de Filosofia elemental. Cap. VII.

(3) Drioux. Cap. citado.

pios, instituciones, creencias y costumbres. Después de 700 años de gloria, Roma moría; lázaro hediondo solo merecía aquel epitafio que Sardanápalo mandó que se inscribiese en su tumba, (1) para significar que se llevaba las comidas y placeres que disfrutara, dejando abandonado todo lo demás; asquerosa inscripción que como dice Aristóteles, solo era digna de un cerdo.

III.

Sin embargo, en medio de esta corrupción universal, de esta desolación moral que acongojaba al mundo gentilicio, aun existía un pueblo que solo humillaba su frente ante la magestad del Dios de Abraham y de Jacob; aun se divisaba un santuario en cuyas aras se veneraba el arca sacratísima que guardaba la palabra del Señor, faro encendido en las montañas de Sion; pero cuyos fulgores no alcanzaban á romper la densa niebla que sombreaba la conciencia de la humanidad.

Pero ¡ah! aquel pueblo tan querido del Omnipotente que por su amor trastornó las leyes inmutables de la naturaleza, mandando á los mares y á los ríos que separasen sus aguas para abrirle paso, á los peñascos que se convirtiesen en fuentes para mitigar su sed, al firmamento que rasgase sus pabellones y dejase caer el maná del cielo para sustentarlo en el desierto, (2) al sol que retrocediese en su carrera para que el rey Ezequías creyese su augusta palabra, (3) á los muros y fortalezas de Jericó que se desplomasen con estrépito al sonido de las trompetas sagradas, para que entrase en su recinto sin hostilidad, (4) aquel pueblo, digo, testigo de tan portentosos beneficios, también cerraba los ojos de su espíritu para no recibir la luz de la verdad, apedreaba y degollaba á los Profetas que le anunciaban las iras del Señor, y despreciando el culto mosaico, corría desatentado á los bosques, á perfumar con la sacra timiama el altar de los ídolos de oro.

Por eso los Hebreos sufren castigos tan atroces, que según les dijo el mismo Dios, el zumbido de su horror quedaría en los oídos de quien lo oyera. (5) Así es que sus enemigos los vencen y exterminan en los campos de batalla, los Reyes hieren su frente con un cetro de hierro, los conquistadores azotan sus espaldas; la tierra les dá espinas por frutos, el aire veneno, la lepra infecta á sus Reyes, el puñal los mata, los perros comen su carne, y el torrente Cedrón recoge sus huesos, los filisteos se apoderan del Arca Santa, infausta nueva que mata de repente al Pontífice Heli, los Asirios entran á saco la ciudad sagrada, destruyen el templo, maravilla del orbe, reparan el oro y las piedras preciosas que las naves de Salomón trasportaran de Ofir, llevan á Babilonia los vasos sagrados para la impía profanación de Baltasar, arrojan á latigazos de su patria á los siempre ingra-

(1) *Hec habeo que dedi, que exsaturata libido hausit; at illa jacent multa et preclara relicta.*

Drioux. Historia de los pueblos de la antigüedad. Cap. V.

(2) Exodo.

(3) Lib. IV de los Reyes, cap. XX.

(4) Libro de Josué, cap. VI.

(5) Libro IV de los Reyes, cap. XXI.

tos Judios, para que fuesen á arrastrar el grillete de la esclavitud durante los 70 años profetizados por Jeremias, y Jerusalen, aquella Jerusalen que tanto resplandeciera con la gloria del Altísimo, queda reducida á unas miserables pavesas, porque era leño de vid cortada que solo sirve para el fuego. (1) El Señor les predijo que escribiría con pluma de hierro sobre su cara. (2) Cumplida estaba la palabra de Dios.

IV.

Trascurrido el término prefijado para el cautiverio de la raza semítica, el Profeta Daniel solicitó y obtuvo del magnánimo Ciro el decreto de su libertad y la autorización para que pudiesen volver á su patria, toda vez que aproximándose el día de la regeneración universal, era preciso reedificar á Jerusalen y su santuario, porque allí habian de consumarse los augustos misterios de la Redención.

Bajo la dirección de Zorobabel, y luego de Esdras se pusieron los Hebreos que prefirieron los montes de la Judea á los valles de la Mesopotamia, y alentados por las exhortaciones de los últimos Profetas que Dios les envió, como mensajeros de su voluntad, levantaron y consagraron aquel templo gloriosísimo que, si los ancianos se lamentaban de que era muy inferior en riquezas y magnificencia al de Salomón, Aggeo los consoló, anunciándoles que excedería en valor al antiguo, porque en él entraría el Salvador de Israel á dar la paz y la vida al mundo. (3)

Pero ya la ley de Moisés no lucía con el esplendor de su pristina pureza: alterada con viciosas interpretaciones, ennegrecida la tradición con opiniones del Oriente, manchado el sacrificio con ceremonias y ritos caldeos, la Religión se deslustraba en la controversia de las nuevas escuelas que circundaban el Tabernáculo, y que agitaban la paz de la antigua Sinagoga. Los Samaritanos, los Fariseos, los Saduceos, y los Esenios eran las principales sectas que disputándose tumultuariamente la ortodoxia de la doctrina, enflaquecían la conciencia del pueblo, y debilitaban en luchas religiosas las fuerzas que necesitaban, para rescatar el tributo de vasallage que pagaban á los reyes de la Siria y del Egipto.

Inútil fué que se levantaran los bravos Macabeos á pelear denodadamente por la independencia de su patria, inútil fué que el venerable Eleazar, protomártir del antiguo Testamento, muriese descuartizado por sustentar la integridad de la fé, inútil fué que la animosa Macabéa presenciase impasible el horroroso martirio de sus siete hijos, y los fortaleciese en su agonía con religiosas exhortaciones, (4) inútil fué que otros piadosos varones se retiraran al desierto para no contaminarse con las abominaciones de Antioco: todo era perdido. Enflaquecido por los vicios, angustiado aun por las heridas del cautiverio, zozobrosa su conciencia entre las agitaciones de las sectas, necesitado de la palabra de Dios, que era su alimento espiritual, el pueblo hebreo moría de inanición;

(1) Ezequiel, cap. XV.

(2) Lib. IV de los Reyes, cap. XXI.

(3) Aggeo, cap. II.

(4) Lib. II de los Macabeos, cap. VI y VII.

podiera decirse que era el espectro de la antigua Israel. Los romanos por fin, recogieron aquellos lánguidos restos y los pusieron bajo la dominación de un príncipe extranjero, del impío Herodes.

V.

Solemne es este momento. El Patriarca Jacob había profetizado en su lecho de agonía, que no sería quitado de Judá el cetro, y no faltaría caudillo de su estirpe hasta la venida de Aquel que debía ser enviado, y que era la esperanza de las naciones: (1) Por otra parte el gran reloj de los siglos ya marca con su saeta la última hora de las setenta semanas que prefijara Daniel en Babilonia. (2) No hay duda; la divina promesa se cumple.

La estrella de la inmortalidad, perdida hace 4000 años en las nieblas del Paraíso, fulgura ya en los horizontes de la Palestina: el Omnipotente recoge el rayo exterminador de su cólera, que ceñía como una serpiente de fuego los confines de la humanidad, y exhala de su pecho el suspiro de misericordia que envuelve la redención de las generaciones: el Espíritu Increado, desprendiéndose de la esencia eterna, y rasgando las ondas de luz del Empíreo, extiende la sombra de sus alas sobre la fragante rosa del valle de Nazareth, y vierte en su purísimo cáliz una lágrima de amor que fecundada con el aroma de sus blanquísimos pétalos, humana al Divino Verbo, hostia inmaculada que desciende á la tierra para inmolarse por la salvación de los hombres. Contemplemos la sublimidad de su nacimiento.

VI.

El emperador Augusto, al ver tendidas ante su trono las naciones del Oriente y del Occidente, y aprovechando el silencio de aquella paz imperturbable que flotaba sobre el universo, decretó un empadronamiento general para deleitar su espíritu con la numerosa cifra de sus súbditos. Todos los pueblos se apresuran á obedecer el edicto imperial.

Nazareth, aquel pintoresco pueblecillo que defendido por los montes del Carmelo y del Tabor, se burla del azote de las tempestades, también abre sus puertas para que vaya á cumplir la voluntad del Soberano aquella purísima criatura, cuya concepción formó las delicias del Altísimo desde la inmensurable eternidad.

Maria, la perla de la creación, la nota más dulce de las célicas armonías, el destello más fulgido que lanzó sobre los mundos la pupila divina, la gota más pura del torrente de luz que cae de la faz del Señor, se dirige á la ciudad de Belén, sin más amparo que el encendido amor de su castísimo esposo, que escolta reverente aquel vivo sagrario del Verbo de Dios.

Pero ¡ah! Belén no les dá hospitalidad. El anciano Patriarca recorre todas las calles, pregunta á los habitantes, registra los aposentos, suplica á los huéspedes, pero en vano; no hay más asilo para aquella delicadísima Señora que un establo miserable que encuentran desamparado en la inmediata campiña. Allí

se albergan los fatigados viajeros, cubiertos ya con las sombras de la noche, allí descansa sobre húmeda paja la humildísima Nazarena que arrojaron de sus puertas los soberbios Belenitas; allí, ceñida su frente con pensamientos divinos, bañado su pecho en suspiros de amor, encendidas sus entrañas en la luz que vivifican, no advierte que las ráfagas del vendabal estremecen sus delicados miembros, y amoratan la nivea tez de su rostro, que vence en suavidad á la fragancia de las rosas.

¡Oh! perdona, Virgen de Sion. El hombre, que es indigno de besar la huella de tus pasos, que no puede tocar las sandalias de tus piés, que debe adorar el aire que agita tu purísimo aliento, que ante el esplendor de tu ser, es un átomo perdido en el polvo que recoge la orla de tu manto, el hombre, Maria, te cierra su casa, y el bruto te abre su aprisco; ansiosa de descanso, el hombre te niega su lecho, y el bruto te ofrece su paja; aterida de frío, ni aun te dá el hombre el amor de su fuego, mientras que el bruto lo templá con el vapor de su aliento; en tu feliz alumbramiento, no tendrás una cuna para mecer tu hijo, ni finos cendales para cubrir sus tiernísimas carnes; pero dos mansos animales te darán su pesebre para cuna, sus hehechos para pañales.

Maria, arrobada en seráficas adoraciones, bebiendo en la sonrisa de Dios la última gota de la vida de su Verbo, siente por fin vibrar en su espíritu el timbre de aquella bendita hora que estaba escrita en las ondas de la eternidad, y así como la violeta exhaladamente su fragancia en la soledad de los valles, con la misma dulzura, la nieta de David, dá á luz al autor de la luz, en la soledad de aquel inhospitable redil. Instante sublime, que el hombre, dormido en el regazo de la noche, no vió flotar sobre el universo; abrevando tal vez su imaginación en las fuentes de soñados placeres, no pudo advertir el amoroso estremecimiento de la creación, cuyos ecos llevaban al cielo aquel himno de gloria y de paz, que los ángeles, mecidos en las ondulaciones del aire, entonaban al compás de los arpegios de sus liras; no pudo percibir el estertoroso ronquido de Satán, que se retorcia en las sombras de sus asfálticos abismos; epiléptico de rabia al sentir machacada su garganta por los débiles piés de una débil muger, de aquella muger que era el más vivo tormento de su corazón, porque cuando oraba el Señor, ó cantaba su dulcísimo *Magnificat*, sus plegarias eran como lenguas de fuego que lamían sus entrañas, y sus cánticos, mordeduras de viboras que atenazaban su conciencia, negra y amarga como la hiel que vertió en el mundo.

VII.

Mi débil razón no acierta á concebir un pensamiento de más augusta excelcitud que la redención del hombre por un Dios hecho hombre. No; no pueden apreciarse las bellezas de nuestra religión, ni sentir sus inefables delicias, sin que el espíritu se detenga en el establo de Belén á contemplar el nacimiento del Redentor.

Quando el hombre enturbió con el pecado, las dulcísimas corrientes de armonía que subían de los mun-

(1) Génesis, cap. XLIX.

(2) Daniel, cap. IX.

dos á perderse en la retina del Eterno; cuando escupió en la creacion el venenoso jigo que destilara en sus lábios el fruto mordido, ninguno, ninguno de los infinitos seres que poblaban las esferas, y se dilataban en los espacios, como ecos de la divina palabra, podia hundir sus rodillas en la nube de soles que circunda el Omnipotente, y pedirle un sollozo de su pecho que disipara el hálito de muerte que pesaba sobre el espíritu de la humanidad, aunque todos se ofrecieran en inmensa hecatombe sobre el altar del universo.

Solo el Verbo, lágrima de amor del mismo Dios, pudo interceder en la eternidad por el hombre, y ofrecerse en holocausto propiciatorio para expiar con su sangre todos los crímenes de la humanidad, y abrirle con sus méritos las puertas infranqueables de la gloria. Víctima de amor, inocente Isaac de la nueva ley, subirá las gradas del altar llevando sobre su espíritu las cadenas del esclavo, el gemido de las mazmorras, la afrenta de los párias, el ara rota de los ídolos, la cuchilla de los sacerdotes, la soberbia de los reyes, el orgullo de los sábios, el odio de las razas, la sangre de los crímenes y la concupiscencia de las pasiones, para consumirlo todo en el fuego amoroso de su postrer suspiro.

Por eso no rodea su nacimiento de la inenarrable Omnipotencia que ostentó en los días genesiacos, cuando arrojó en los caóticos abismos sus inmensas cataratas de luz, para que iluminasen la primera hora del tiempo, el primer albór de los mundos, la primera florescencia de los seres.

Puede bajar como Criador sobre las rizadas alas de sus ángeles, y escoltado por las espadas de fuego de sus querubines, y sin embargo, nació como criatura en el silencio de la noche, y entre dos inofensivos animales; puede envolverse en un manto de estrellas, y mecerse en los rayos entrelazados de sus soles, y no obstante, entra desnudo en el mundo, y es arrullado sobre el heno de un pesebre; puede poner su voz en el fragoso rugido del trueno, de modo que al oírse retiemblen los ejes de los mundos, como cañas cimbreadas por el viento; y cuando abre sus lábios para recibir el beso perfumado de la vida, solo puede exhalar flébiles ayes de dolor, suspiros lacrimosos de amargura. ¡Así nace el Redentor de las generaciones.!

VIII.

La humildad que lo impulsa á nacer en el establo de Belen, y la caridad que lo lleva á morir en el ara del calvario, son las piedras fundamentales sobre las que se levanta el templo incommovible de nuestra santa religion, son la elevada síntesis de aquella celestial doctrina que flúa de sus benditos lábios, y que cayendo como un arroyo de luz en la conciencia de la humanidad, encendió la vida de su espíritu, apagada en el hielo del sensualismo.

Por eso, los príncipes y señores, que tenían el pie sobre la frente de sus pueblos, para aplastar cualquiera idea de justicia ó de libertad que fulgurase en sus mentes, se estremecieron de terror al saber la aparicion de un hombre que se decía Hijo de Dios, y que predicaba el inaudito principio de la igualdad moral de todos los hombres, que venia á hollar el derecho

absoluto de vida y muerte que el padre tenía sobre sus hijos, á emancipar á la muger de la perpétua tutela á que estaba sujeta, á elevar al esclavo, ser abyecto de sus calabozos, bestia inmunda de sus cuerdas, á la sublime condicion de hombre por su alma, á la distinguida categoría de ciudadano por su derecho, y á la excelsa dignidad de hijo de Dios y hermano de sus señores por la religion.

No, no podia admitir ni practicar tan insólita doctrina, aquel imperio corrompido que ya no reconocia otros elementos de organizacion social, que el fomento de la grande propiedad y de la grande pobreza, y por consiguiente, el señorío y la esclavitud, no podia admitirla ni practicarla aquel insolente patriciado, que ponía la hoja de sus puñales en la garganta de los Gracos y de Livio Druso, para que no lanzasen gritos de libertad y de emancipacion, y no organizasen por medio del repartimiento del *ager publicus*, una poderosa clase media que interponiéndose entre el látigo del Señor y las espaldas del esclavo, impidiera convertir la república como al fin se convirtió, en un pueblo de ricos y miserables, todos igualmente corrompidos por la extremada miseria, ó por la extremada opulencia. (1) Tan cierto es lo que decía un elocuentísimo orador, que faltando en las naciones la clase media, sobre ella no hay mas que soberbia y necio orgullo, y bajo de ella, miseria y osadía, relajacion y crimen. (2)

De aquí el perpétuo antagonismo de las clases, las cruentas discordias que originaban las leyes agrarias, problema siempre planteado y nunca resuelto, las luchas encarnizadas entre el patriciado y la plebe; Sila, el tigre de los palacios, clavando sus garras en las entrañas del pueblo; Mario, el basilisco de las cabañas, matando á los patricios con su ojo sanguinolento; los esclavos de Spartaco rompiendo sus cadenas, y lavando las manos en sangre de hombres libres; Craso y Pompeyo, exterminándolos en los montes como chacales de África, César, *hiriendo en el rostro* á los defensores de la república en los campos de Farsalia; Marco Antonio, poniendo la libertad en los brazos de Cleopatra para que la ahogase en las aguas de Accio. Y despues de tantos horrores, sobre este lago de sangre en que se anegaba la sociedad, aparece el divino Salvador con el ramo de oliva en la mano, y dejando oír el himno de sus ángeles, «gloria á Dios y paz á los hombres;» palabras benditas que caen de los aires, como gotas de bálsamo para tantas heridas.

Redentor del género humano, no distingue á los Griegos de los Romanos, no separa el Oriente del Occidente, no prefiere el Septentrion al Mediodia; ante su amorosísimo corazón, no hay mas que hombres *envenenados con el fruto de la vida*, enfermos apestados por la culpa, que viene á curar con el bálsamo de su doctrina, con la virtud de su sangre; naufragos moribundos, que necesita salvar en las tablas de su ley, para luego dejarlos en las playas de la

(1) Laboulaye. Historia del derecho de propiedad. Lib. II, Cap. VI.

(2) D. Joaquin Maria Lopez. Lecciones de política constitucional.

inmortalidad. Apóstol fundador de la caridad, y sabiendo que el teatro de su predicación es un valle de miserias y de llanto, para cada dolor trae su consuelo, para cada vicio su virtud, para cada crimen su bendito perdón, y para todos los pecadores el raudal inagotable de su divino amor. Pura su alma como el pensamiento de Dios, santa su vida como la adoración de un serafín, dulce su corazón como el cántico de los ángeles, toda su doctrina respira pureza, santidad y dulzura. A los pobres les dice, sed pacientes; á los ricos, sed misericordiosos; á los soberbios, sed humildes, y á todos exhorta á que tomando la cruz de sus tribulaciones, por Él santificada, sigan el rastro de sus pasos por la senda de la amargura, porque en efecto, la historia de su vida es la aceptación del dolor, fuente de nuestra santa Religión.

La pobreza, que la vanidad del mundo desprecia, es tan favorecida y sublimada por el Salvador, que solo tiene entrañas y amor para los pobres, olvido y desden para los ricos. Por eso los ángeles anuncian su nacimiento, antes que á los potentados de las ciudades, á los pastores del campo, antes que á los sábios que dudan y discuten, á los ignorantes que creen y que temen, porque la ignorancia de la fé, es la ciencia del cristiano, y el temor del Señor, la religiosidad de la ciencia (1). Por eso, cuando los Reyes del Oriente vinieron á postrarse á sus pies, ya recibiera la adoración de los pobres; antes de aspirar la fragancia de la mirra, ya aspirara el aroma de las flores. Por eso cuando quiere elegir los apóstoles que han de difundir por el Orbe la luz de la verdad, no va á la Sinagoga de Jerusalem á buscar los doctores de la ley, no va al Areópago de Atenas á buscar los sábios de la Grecia, ni al foro de Roma á escoger elocuentes oradores, sino que al pasar por las playas de Galilea, ve á unos pobrecillos pescadores que estaban aparejando sus redes, y les dice que lo sigan para ser *pescadores de los hombres*. Su precursor es un humilde penitente cubierto con pelos de camello; un anciano menesteroso es la cabeza de su santa Iglesia; multiplica los panes y los peces para los hambrientos, y El padece hambre y come el pan de los pecadores; convierte las áridas rocas en fuentes copiosas para los sedientos, y el único quejido que exhala en su dolorosísima pasión, es arrancado por el ardor de la sed: espira desnudo en una Cruz, no tiene un apoyo para su moribunda cabeza, ni un sepulcro para su sagrado cadáver; pero tiene mansiones en la bienaventuranza para recibir á los humildes y menesterosos, porque de ellos es el reino de los Cielos

IX.

Mucho, mucho ama Dios el abatimiento de la pobreza, pero aun aborrece mas la exaltación de la soberbia, esa pasión desenfadada del hombre por el mismo hombre, esa extática adoración de la propia excelencia, esa satánica egolatría que empieza en la separación de Dios. *Initium superbiæ hominis, apos-*

(1) Timor Domini, scientiæ religiositas. Eclesiástico. Cap. I.

latare á Deo (1). Abrid los libros sagrados, y vereis cubiertas sus páginas de terribles anatemas contra la soberbia, en sus varias manifestaciones individuales y sociales. Ved al mismo Dios que para patentizar á los siglos el aborrecimiento que le inspira ese pecado, origen de todos los pecados (2), lo coloca en las cumbres mas elevadas de la creación, seguido de espantosas catástrofes, para que las generaciones puedan contemplarlo en su paso por el tiempo, y para que el estruendo de las iras divinas resuene perpetuamente en los oídos del hombre y en los ecos de la historia. Luzbel, Adán y Nabucodonosor son las tres grandes personificaciones de la soberbia. «Al primero lo puso en el Cielo para que lo miraran los ángeles, al segundo en el paraíso para que le vieran todos los seres vivientes, al tercero en Babilonia, metrópoli del mundo, para que puesto en aquel altísimo escollo, le vieran todos los hombres (3).» Luzbel fué precipitado en los abismos del horror; Adán descendió del Eden á los valles del dolor, el monarca cayó de su trono en los campos de las bestias. En la frente del primero escribió el Omnipotente, «maldición;» en la del segundo, «esperanza;» en la frente del tercero, «perdon.»

Ese espíritu de soberbia que, como dice Bossuet, al caer del cielo se desplomó sobre los hombres, envolviéndolos en su espantosa ruina, solo pudo ser destruido por el espíritu de humildad predicado por Jesucristo, y según el cual, para ser elevado es necesario abatirse. «El que es mayor entre vosotros, sea vuestro siervo: aquel que se humillare como un niño, será el mayor en el reino de los cielos.» Aquí teneis la doctrina. «Porque aquel que se ensalzare, será humillado, y el que se humillare será ensalzado.» (4) Aquí teneis la promesa y la amenaza, el premio y el castigo.

Para alentar á los hombres á la observancia de este precepto, el mismo Salvador se presenta como un dechado perfectísimo. Aprended de mi, les dice, que soy manso y humilde de corazón, y hallareis reposo para vuestras almas (5.) Y en efecto ¿quién ha sido hasta hoy, ni será hasta el fin de los siglos mas humilde que el autor de esas dulcísimas palabras? Hijo de un pobre artesano, nacido en un asilo de animales, ya sus padres lo sujetan en la infancia al cumplimiento de los ritos judaicos. Mas tarde, cuando quiere empezar su predicación, corre á purificarse en las aguas del Jordan, no obstante que su aliento disipa las sombras de la impureza: el Espíritu Santo desciende sobre su cabeza, la voz del Omnipotente rasga los aires, para complacerse en su hijo muy amado, y sin embargo de tanta magestad, un pobrísimo ermitaño lo bautiza: cuando el pueblo, entusiasmado con la dulzura de sus palabras, y la sublimidad de su doctrina, intenta aclamarlo por su Rey, huye como una paloma azorada á la soledad del desierto, porque solo quiere ser llamado el *Buen Pas-*

(1) Eclesiástico. Cap. X.

(2) *Initium omnis peccati, est superbia.* Id. id.

(3) Douso Cortés. Estudios sobre la historia.

(4) San Mateo. Cap. XVIII y XXIII.

(5) San Mateo Cap. XI.

tor que da la vida por sus ovejas; como hijo del Rey de los Reyes está exento de tributos, y sin embargo manda á sus discípulos que lo paguen, porque El mismo se dá el dictado de hijo del hombre: raza de viboras llama á los soberbios, representados en los fariseos, y proclama bienaventurados á los humildes; glorifica al Señor porque ocultó los celestiales misterios á los sábios, y los descubrió á los humildes; duerme sin abrigo en la barquilla de sus discípulos, y sin embargo manda á los vientos que callen, y á las olas que enmudezcan; se postra en el suelo para labar los piés á unos pobres pescadores; sufre con humildísima paciencia los ultrages del Pretorio, los tormentos de la pasión, y la infamia de la Cruz. ¡Ah! yo declaro con Chateaubriand, aun cuando la voz del mundo entero se levante contra Jesucristo, que una religion fundada sobre tan asombrosa base, no puede ser, no es una religion humana, es la religion de Dios (1).

X.

Su divino fundador, que al establecerla trastornó completamente la organizacion de la sociedad, levantando al oprimido y hundiendo al opresor, rompiendo con la virtud de su célica palabra la argolla del esclavo y el látigo del tirano, amando la pobreza con entrañable amor y maldiciendo la avaricia con horror invencible, colocando la perfección evangélica en las lágrimas del infortunio y en el dolor de la persecucion, poniendo la sabiduria como diadema de gloria en la frente del humilde, y la ignominia como vil coraza en la frente del soberbio (2), no podia dejar desamparados á los pobres, objeto de su predilección en el mundo de las injusticias, ni entregados al afrentoso desprecio de los ricos. Por eso le dice al opulento con infatigable perseverancia: «sé misericordioso; no apartes tus ojos del pobre, ni defraudes su limosna que es el único patrimonio que le dejo; no desprecies al alma hambrienta, y no exasperes al menesteroso en su necesidad; no aquejes el corazón del desvalido, ni dilates el dar al angustiado: no deseches el ruego del atribulado, y no vuelvas la cara al necesitado, porque te advierto que oiré en el cielo la plegaria del que te maldigere en la amargura de su alma (3): sé, pues, misericordioso, y alcanzarás misericordia, porque la limosna lava los pecados:» (elemosyna resistit peccatis.)

No extrañemos, no, esta afectuosa insistencia del Redentor, al recomendarnos que amemos y socorramos á los pobres; son las delicias de su alma y su propia complacencia; por eso el perfume de sus oraciones es la fragancia mas pura que le presentan los ángeles en sus copas de oro: son pedazos de sus entrañas que dejó en este mundo para ser amado en ellos, por eso la saeta de sus dolores, rasgando las fulgidas gasas del éther, vá también á hundirse en su tiernísimo corazón.

Demostrado está el gravísimo peligro que cerca al

opulento empedernido, en aquel jóven del Evangelio que obligó al Salvador á que, poseido de inmensa tristeza, dijese á sus discípulos, que era muy difícil que un rico entrase en el reino de los cielos, y que era mas fácil que un camello pasase por el ojo de una aguja. (1) Por eso afirma Donoso Cortés, «que de las obras de misericordia hizo Dios un arancel para dar ó negar por ellas en el día del juicio el reino de los Cielos.» Y esto es, porque el mismo Jesucristo está representado en los menesterosos; oculto en sus rotos harapos, recibe para sí los beneficios y los desprecios de los ricos. Por eso, cuando pronuncie en la última hora del tiempo, su eterno anatema contra los réprobos, no les recordará sus robos, sus homicidios, sus sacrilegios ni sus adulterios, los arrojará al fuego eterno, porque «tuvo hambre, y no le dieron de comer, tuvo sed y no le dieron de beber, era huésped y no lo hospedaron, estaba desnudo y no lo cubrieron, enfermo y en la cárcel y no lo visitaron.» (2) Comprended ahora la amorosa insistencia del Redentor en pedir misericordia para los pobres, porque ante ese fallo tremendo, la pluma se detiene; no hay mas que decir.

XI.

Admirables virtudes son la paciencia en los pobres, la humildad en los soberbios, la misericordia en los ricos; maravillosa fué su influencia en el establecimiento, propagacion y conservacion de la religion cristiana; inmensos son los beneficios que dispensaron á la sociedad, reformando las costumbres, manteniendo la justicia en los tronos, el orden en los pueblos, la tranquilidad en las familias; la armonia en las clases, y la paz entre las naciones. Y sin embargo, Jesucristo no alcanzó tan asombroso triunfo con su ejemplarísima humildad, ni con su estremada pobreza, ni con su soberana Omnipotencia: el portento de esa victoria, sin igual en la rotacion de los siglos, fué el amor, la caridad que es la madre de todas las virtudes, porque es hija del mismo Dios.

El divino Verbo no redimió á la humanidad, compadeciéndola solamente de la eterna desgracia que gravitaba sobre su frente como una plancha de bronce: la Redencion tiene un origen mas excelso, mas digno para la criatura, en el amor de su Criador, fuente copiosa de misericordia. Dios se compadeció del hombre, porque lo amaba; no lo amó por haberlo compadecido, la compasion es la estela luminosa que dejan los rayos de amor que despide de su ser, fragua incendiada de caridad. Por eso el Verbo que, como su Padre, es todo amor, no podia predicar una doctrina que no fuese también toda de amor.

Ordenado estaba que la venganza fuese proporcionada á la injuria: ojo por ojo, diente por diente, pero este precepto sombreaba la perfección de Jesucristo que reprueba toda venganza; por eso, sentado en la cumbre de la montaña, enseña á los hombres á recibir nuevas injurias antes que devolverlas: si alguno os hiriere, les dice, en la megilla derecha, ponede también la otra, porque si perdonáreis á los hom-

(1) Génio del Cristianismo.

(2) Ubi fuerit superbia, ibi erit contumelia; ubi autem est humilitas, ibi sapientia Lib. de los Prov. Cap. XI.

(3) Eclesiástico. Cap. IV.

(3) San Mateo. Cap. XIX.

(4) San Mateo. Cap. XXV.

bres las injurias y ofensas que os hicieren, os perdonará también vuestro Padre celestial vuestros pecados, mas si no perdonareis, tampoco vuestro padre os perdonará. Es tan absoluto este precepto del Redentor que preguntándole su discípulo Pedro: «Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí, y lo perdonaré? ¿hasta siete veces?» Jesús le dice: «no te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete veces» (1), es decir, nunca te causes de perdonar.

Los falsos doctores de la ley habían enseñado que se debía amar á los amigos y aborrecer á los enemigos, pero esta máxima era indigna de un Dios que venia á verter su sangre, para arrancar de la tierra la añosa raíz de los odios, de las rivalidades y de las venganzas, víboras horribles que enroscadas á los pilares que sostienen la fábrica del mundo, escupian sus amargos jugos en el hogar de las familias, en el santuario de los Dioses, en el palacio de los Reyes y en el seno de todas las naciones.

Nó; no podía permitir que se aborreciesen los hombres, el que venia á fundir en el crisol de su pecho, la servidumbre de la muger en la familia, la desigualdad de las castas en la nacion, la diferencia de las razas en el mundo. Por eso se apresura á decirles; «amad, amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores. Porque si amais á los que os aman ¿qué recompensa teneis? ¿no hacen también lo mismo los publicanos? y si abrazais solamente á vuestros hermanos ¿qué haceis demás? ¿no hacen lo mismo los gentiles? Sed, pues, perfectos vosotros, como lo es vuestro Padre celestial» (2). ¡Que uncion tan amorosa! ¡que doctrina tan dulce! ¡que moral tan sublime! Bien puede afirmarse con un insigne escritor que en todas las obras mas celebradas de la antigüedad, y en todos los libros que se han dado á luz en el mundo, no hay uno que contenga tan sábios preceptos, ni tan excelentes máximas como las que presenta el Nuevo Testamento (3).

Por eso los pobres y los desgraciados corrian acuciosos al dulcísimo reclamo de su palabra, por eso caian á sus piés enloquecidos de placer al oírle decir, lo que nos dice hoy á nosotros, lo que dirá mañana á nuestros hijos: «Venid á mi, todos los que estais trabajados por el dolor, y abrumados con el peso de la culpa, venid, que yo os aliviare: traed mi yugo sobre vosotros que es ligero y suave; solo un mandamiento os impongo, que ameis á Dios y que os ameis los unos á los otros; ved que carga tan ligera. Oid. Me presentaron una muger sorprendida en adulterio para que la condenase, pero yo que no quiero la muerte del pecador sino su conversion, ahuyenté con una palabra á los acusadores, y á ella le dije: «te perdono, muger; vete en paz y no peques más;» pues esto mismo os digo á vosotros, y os lo diré siempre: venid, pues, no tardeis, ved que estoy en la

Cruz desmayado de amor, aguardándoos con los brazos abiertos para recibirlos en mis entrañas, como estuve sentado en el pozo de Jacob, esperando á una pecadora Samaritana para invitarla á beber, no el agua de la fuente que templaria su sed por unos instantes, sino el agua viva de la gracia que mitiga la sed por toda una eternidad. Venid que soy un amigo tan leal, que aunque perpetréis los crímenes mas atroces, aunque me ultrajeis con las mayores ofensas todo lo sufro con paciencia, porque espero un momento en que digais: «Os amo, Señor,» para limpiar al instante vuestro corazón con el paño de la gracia. ¿Quién os amó ni os amará tanto como yo? ¿qué mas queriais de mí? Yo apuré hasta las heces aquel cáliz de dolor, que el ángel me presentó en el huerto de las Olivas; ¡si supierais que amarga era la hiél que contenial y sin embargo, os amo tanto que volveria á beberlo segunda y tercera vez, si fuera necesario para vuestra salvacion. Yo os di las copiosas lágrimas que cayeron de mis ojos, cuando lloré el exterminio de aquella ingrata Jerusalem, que nunca quiso conocerme; os di toda la sangre que sacaron de mis venas las espinas, los clavos y las lanzas; os di mis llagas para que fuesen vuestros méritos; os di el último suspiro de mi dolorosísima agonía, y no teniendo ya mas que daros, os di mi cuerpo á comer y mi sangre á beber. Cuando estaba próximo á espirar en el afrentoso madero, aun me pareció que os diera poco; quise hacer mi testamento y no encontraba ya que dejaros, pero vi al pié de la Cruz, cubierta de lágrimas á mi querida Madre, y le dije; «Sed también la Madre de los pecadores.» Aun esto no me pareció bastante: temiendo vuestra ingratitud; temiendo que olvidaseis al mártir de vuestro amor; quise quedarme con vosotros hasta la última hora de los siglos, y establecí la Eucaristia para recibir en el ara de los templos vuestras plegarias, enjugar vuestras lágrimas y consolaros cuando esteis atribulados. Allí esto y cubierto con un velo místico para ser accesible á vuestra flaqueza, porque si me presentara con toda la magestad de los cielos, os cegarian los resplandores de mi gloria. Allí tengo, en fin, la urna de mis dones para concederos todo lo que me pidais. Ya veis que no puedo daros mas.

XII.

No es extraño, pues, que una religion tan pura, tan sublime y tan amorosa, se hubiese propagado con asombrosa rapidez por todas las regiones del orbe. ¡Qué maravilla! á la voz de doce hombres, pobres, sencillos, ignorantes é inermes, las naciones se conmueven, los tiranos palidecen en sus tronos, los potentados en sus palacios, los sacerdotes en sus templos, los pueblos se exaltan de júbilo, y soliviantados con una doctrina que solo respira mansedumbre y amor, se convierten al Dios que honra la pobreza, que santifica el infortunio, que humilla la soberbia y que ensalza la humildad, y todos, hombres y mugeres, ancianos y niños, abrasados en el fuego santo de la caridad, se apresuran á romper los idolos, á destrozarse sus aras, manchadas aun con la sangre de las victimas; los desiertos se pueblan de pecadores que, cubiertos con sacos y ceñidos con cilicios

(1) San Mateo. Cap. XVIII.

(2) San Mateo. Cap. V.

(3) Mr. Pontbriand. El incrédulo desengañado. Cap. XXXVIII.

maceran cruelmente sus carnes, y expian con lágrimas sus pecados y sus crímenes; las doncellas conservan su virginidad, como una ofrenda preciosa á los ojos de Dios; las matronas, oprimen amorosamente contra su corazón aquellas criaturas inocentes que antes arrojaban á las calles, ó estrangulaban con sus propias manos; el Circo se inunda de cristianos que acarician el hambre de las panteras de África, y en aquella arena donde antes se degollaban los gladiadores en infames luchas, gritando á los emperadores, «*morituri te saludent*,» ahora los fieles de Jesucristo son quemados, aserrados, desuartizados y crucificados, exclamando en su agonía; divino Salvador, recibe nuestras almas.

En las Catacumbas se amasan con la sangre de los mártires los cimientos de una iglesia que durará hasta el fin de los siglos: allí se congregan secretamente los fieles para asistir al inculpado sacrificio, que celebra un anciano sacerdote sobre una tosca piedra; allí eligen los vicarios de Jesucristo, dignidad peligrosísima, pues como dice un ilustrado escritor, era ya privilegio de los pontífices en los tres primeros siglos, sellar con su propia sangre la fé que predicaban. Ser elegido Papa, equivalía á ser promovido al martirio (1): allí preparan el socorro para los pobres y la asistencia á los enfermos; allí se dan el ósculo de paz, y citados para el cielo, se despiden radiantes de gozo y entusiasmo, porque van á ser barnizados con alquitran y encendidos como hachones, para iluminar en las noches serenas, los extensos jardines de Neron que rodeado de patricios, de músicos y bailarines, se presenta vestido de Apolo, arpegiando dulcemente en su arpa de oro, luciendo en aquellas inmensas florestas, la tersura de su melíflua voz, y ostentando su incomparable destreza en jugar con sus aligeros caballos; y entre tanto, aquellos valerosos mártires, cuyas carnes derretidas están cayendo como gotas de luz en una alfombra de flores, no exhalan siquiera un gemido que interrumpa la fiesta del Tirano. ¡Prodigio asombroso de la caridad!

No; la religion de Jesucristo no es la humildad, no es la misericordia, ni la paciencia, ni la castidad, ni la mortificación: la caridad es la religion, y la religion es la caridad, centro incendiario del que se desprenden todas las virtudes, como la luz se desprende del disco ardiente del sol. Oid; oid al Apóstol lo que es esta virtud. La caridad, dice, es paciente, es benigna, no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal, no se goza de la iniquidad, todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta. (2) Decid ahora si esta virtud no constituye una religion.

¿Quién recogía y curaba en los hospitales á esos desgraciados que teniendo perforados sus huesos por la lepra, eran arrojados á los muladares como bestias podridas? ¿quién levantó esas casas de misericordia, donde se depositan las víctimas de una falsa idea del honor, para que, como decia San Vicente de Paul, sean alimentadas y cuidadas por madres segun la

gracia, ya que fueron abandonadas por sus madres segun la naturaleza? ¿quién fundó esas benéficas asociaciones destinadas al consuelo de los enfermos, al socorro de los necesitados, á llevar el pan á esas desgraciadas familias que se consumen de miseria en el silencio de una miserable boardilla? ¿quién coloca en la cima de los Alpes, en las cumbres del Libano, en la espesura de las selvas, á esos pobrecillos religiosos destinados exclusivamente á librar de una muerte segura á los viajeros extraviados? ¿quién impulsa á esos fervorosos sacerdotes, verdaderos apóstoles de la civilización, á abandonar su patria, su familia, sus amigos y su bienestar, para ir á desembarcar en las playas de los salvajes, penetrar en sus bosques inexplorables, y atraerlos con la dulzura de sus palabras, solo con el objeto de esclarecer su entendimiento con la luz del evangelio? ¿qué gloria ó qué riquezas van á buscar? ¿quién los conoce? ¿quién sabe su nombre? ¿quién relata sus padecimientos? ¿quién los socorre cuando caen asaetados por las flechas de los bárbaros? ¿quién arroja un puñado de tierra sobre su cadáver? ¿quién escribe en su lápida: «aquí reposa un mártir de Jesucristo?»

Todo, todo es obra de la caridad, frutos dulcísimos del santo árbol de la cruz. Por eso, la festividad mas suntuosa que celebra la cristiandad, es la del Santísimo Corpus Christi.

Aquel dia todo el mundo católico está prosternado al rededor del augusto Sacramento; el Pontífice y los Reyes bajan de sus tronos, y rodeados del esplendor de sus cortes, van siguiendo sumisos y reverentes al Señor de los Señores; los ejércitos de las naciones rinden sus armas y abaten sus banderas, al pasar el Dios terrible de las batallas; las músicas, no teniendo armonías dignas de tan excelsa Magestad, lo saludan con el himno de sus Reyes; las campanas de las torres, como bocas abiertas de enormes gigantes, sacuden violentamente sus lenguas frenéticas, y sus ecos ruidosos, ensordeciendo los aires, van á perderse en el éther de los cielos; el estampido de los cañones, retumbando en los horizontes, anuncian á los cristianos la presencia de su Dios en las calles, como el fragor de los truenos se la anunció á los israelitas en la cresta del Sinaí; los sacerdotes, levitas del Nuevo Testamento, entonan alegres cánticos de victoria, é incensan de rodillas el arca sacrosanta de la ley de gracia. ¿Qué significa este movimiento universal? ¿por qué se agitan en ese dia todos los pueblos católicos? Por qué celebran la inmensidad del amor que el Criador tiene á sus criaturas, porque esa fiesta representa el solemne triunfo de la caridad. ¡Desgraciado el mortal que no sienta flaquear sus rodillas ante aquella inmaculada hostia de amor!

XIII.

Y ahora ¿qué mas diré en loor de esta divina Religion?

Sin aquel fuego santo que inflamaba el corazón de los Padres de la Iglesia, sin el talento de un Bossuet, sin la poesia de un Chateaubriand, ya no puede mi débil inteligencia realzar mas sus excelentes bellezas.

Solo sé que no debe el hombre avergonzarse de

(1) El Cardenal Wiseman. *Fabiola*, ó la Iglesia de las Catacumbas. Cap. XI. Parte 1.^a

(2) S. Pablo. Ep. 1.^a á los Corintios. Cap. XIII.

practicar una religion que, recogiendo amorosamente en la cuna, lo asiste toda la vida con sus generosos auxilios, hasta dejarle inhumado en el hueco de la sepultura.

Ella no se desdena de subir al cadalso á endulzar la última hora del reo que va á ser ajusticiado. ¡Que consuelo para aquel infeliz!

Colocado entre el verdugo y el sacerdote, entre el aca y el crucifijo, entre la justicia de la tierra y la misericordia del cielo, entre un pavoroso temor y una risueña esperanza, si el verdugo le grita: «hombre criminal, expia tu delito,» el Sacerdote le dice: «pecador arrepentido, sube al cielo.»

Bien decía un docto magistrado, (1) que la pena de muerte sin los consuelos de la religion, sería una cosa horrible, y que si no hubiese sacerdotes que consolasen, no condenaria á la muerte á ningun hombre: ¿qué juez se atreveria á condenar?

Ved por otra parte, á esos desgraciados incrédulos que hacen un necio alarde de indiferentismo religioso, que desprecian la adoracion de los augustos misterios, que se mofan de las prácticas cristianas, que llegan á ultrajar jimplos! hasta la sagrada persona del Vicario de Jesucristo, vedlos tendidos en el lecho de suagonia, luchando interiormente con el espectro de su conciencia, temiendo entonces lo que antes no creian: decid: ¿quién los consuela en aquellos pavorosos instantes? ¿sus compañeros de incredulidad? No; que su sombra los aterra. Solo se sosiegan cuando entra el sacerdote con el sagrado copon, y les dice: aqui tenéis á Jesucristo que os viene á visitar en vuestra enfermedad: oh! entonces su corazon se apresura á contestar; venid Señor, venid que tengo miedo á mi conciencia, venid á ahuyentar estas sombras de terror que destrozan mi espíritu, venid á alentarme para ir en paz á la insondable eternidad. Basta. La Religion triunfó.

Solo los ignorantes pueden despreciarla, «porque en la ignorancia reside la impiedad: los sábios la respetan, porque la ciencia busca la verdad, y la verdad es Jesucristo.» Por eso decía el célebre Canciller: «poca filosofia hace desviar de la Religion, y mucha nos impelo hácia ella; nadie niega que hay Dios sinó el que está interesado en que no lo hubiera.»

Para indicar someramente los inmensos bienes que la Religion produce á la sociedad en el orden puramente civil, citaré á dos ingenios esclarecidos, á dos eminentes filósofos cuyas obras son un título de honra para España. Ya se deja adivinar que me refiero á los malogrados Balmes y Donoso Cortés, antorchas encendidas del Catolicismo cuyos resplandores fulguraron en los horizontes de Europa; pero que el soplo de la muerte apagó, apenas comenzaron á alumbrar. Sus respetables nombres autorizan sus palabras.

Negad á Jesucristo, dice Cortés, ó lo que es lo mismo, suprimid la religion y al punto vereis levantarse los bandos y las parcialidades, los grandes tumultos y las soberbias rebeliones, las guerras sin términos y las sangrientas batallas. Los pobres alzarán pendo-

nes contra los ricos, contra los venturosos los escasos de ventura, las aristocracias contra los Reyes, las muchedumbres contra las aristocracias, y unas con otras las alteradas muchedumbres (1)

Oid ahora al doctísimo Balmes. La Religion, dice, contribuye poderosamente para fortalecer la autoridad pública y hacer dóciles y razonables á los pueblos; suple la falta de conocimientos del mayor número, porque ella por sí sola es ya muy alta sabiduria; temple las pasiones de la multitud con su influencia suave, su bondad encantadora, sus inefables consuelos, sus sublimes verdades y sus pensamientos de eternidad.

Mas adelante añade. La irreligion cuando está abajo, despidе un vapor mortífero que mata el poder publico; y cuando está arriba, es una lluvia de fuego que todo lo convierte en polvo y ceniza. (2) Yo pequeño adalid de la Religion, me oculto detrás del escudo invulnerable de estos dos grandes atletas, pues su respetabilísimo testimonio garantiza la verdad de estas páginas.

Quise ampliarlas con la demostracion de la impotencia del Protestantismo y las aberraciones del Socialismo, que intentan, aun que en vano, eclipsar las glorias y bellezas del Catolicismo; pero me detuvo la consideracion de tu estado valetudinario, pues temi fatigar demasiado tu atencion desviándome de mi primitivo propósito.

Á Dios, pues, amigo mio. Concédate el cielo la salud que necesitas y te desea tu afectísimo y apasionado amigo,

Pelayo Catoira.

Coruña Noviembre 12 de 1861.

Apuntes biográficos sobre la escritora FELICIA.

Virginia Felicia Auber, nació en la Coruña, hija de D. Pedro Alejandro Auber (caballero francés de poco comunes conocimientos científicos) y de Doña Walda de Noya, señora natural de Galicia. Apenas contaria algunos meses Virginia Auber, cuando su padre que se habia comprometido redactando en la Coruña un periódico de avanzadas ideas liberales, tuvo que salir de dicha ciudad hácia la cual habia concebido sinceras simpatias, donde se hallaba relacionado con las personas mas ilustradas de ella, y donde poseia muchos amigos. Los recuerdos de los primeros años de Virginia solo alcanzan á la isla de Tenerife, donde se encontró jugando al pié del Teide y donde supo de su buena Madre (que siempre se acordó con cariño de su patria) que no habia visto la luz del dia bajo el cielo de las islas Afortunadas, sino á orillas de la bahia de Betanzos. Desde muy tem-

(1) D. Nicolás Peñalvén. Regente de la Audiencia de Cáceres en 1857. Discurso de apertura del Tribunal en dicho año.

(1) Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo.

(2) Curso de Filosofia elemental. Ética.

prano manifestó Virginia grande afición á la lectura. A las muñecas prefería los libros, y aunque sin orden en sus estudios, aprendió á pensar en la edad en que regularmente solo se aprende á reír.

Cansado su ilustrado padre de vegetar en un punto que no le ofrecía seguro porvenir para su familia, se embarcó para la Habana, en la cual halló desde luego la escelente acogida que merecía su talento científico. En la metrópoli de Cuba se educó, pues, Virginia Felicia, devorando cuantos libros le caían en la mano con insaciable ardor. Demasiado tímida y desconfiada de las propias fuerzas, para creer que con el tiempo tendría al público por confidente de su vida intelectual, complacíase en escribir novelitas y comedias que leía á sus hermanas y que solían conmover á las últimas hasta el extremo de hacerles derramar lágrimas copiosas. Su buen padre que notó su afición á las bellas letras la aconsejó que corrigiera sus inexpertas producciones para que algun día pudieran imprimirse. Virginia se asustó tanto con aquella perspectiva que las redujo á cenizas al momento. Cual si presintiera que la mas feliz de las mugeres es generalmente aquella de que menos se habla, huía atemorizada del sendero en que á menudo las rivalidades, envidias, injusticias, hacen comprar con horas de amargura breves instantes de placer.

Pero lo que Dios dispone debe cumplirse, Virginia para ejercitarse en los idiomas extranjeros hizo traducciones del francés y del inglés que su amado padre, entonces redactor principal del Diario de la Habana, hoy Gaceta, insertó en el mismo periódico. Así se acostumbro ella poco á poco á ver impresas las páginas de su pluma. Sin embargo, el instruido y respetable Mentor que hubiera podido guiarla en la carrera literaria, que despues emprendió á la ventura como el ave que canta sin otro maestro que la Naturaleza, no pudo verle cultivar las semillas que el afecto paterno habia sembrado en el alma de la hija reverente. Auber murió cuando nació *Felicia*, es decir, cuando la hija que lo adoraba dió al público en 1843 su primera composicion original (Un aria de Bellini) y cuando ya el sábio en la agonía se ocupaba demasido de la eternidad para pensar en las cosas terrestres.

La casualidad en cierto modo empujó á Virginia Auber hácia el terreno que ahora recorre. Don Ramon de Palma, el malogrado poeta cubano que muchos ponen á nivel

de sus renombrados compatriotas, Heredia y Milanés, pensó dar á luz por aquellos tiempos un album literario. Con tal motivo aconsejó á la señorita Auber que escribiera algo para su proyectada publicacion. Virginia resistió al principio, y luego accedió á sus ruegos con tanto temor que trazó la novelita, «Un ária de Bellini,» con trémula mano y corazon palpitante. Cuando la concluyó acababa Palma de renunciar al proyecto del album. Entonces pidieron otras personas á la señorita Auber su ensayo literario para el Diario de la Habana. Cediólo ella al fin, pero tan recelosa siempre que solo consintió en firmarlo con su segundo nombre de pila, (Felicia) para conservar el incógnito. El público de la Habana fué indulgente con la jóven autora recibiendo su novelita con agrado suficiente á estimularla á no detenerse en el primer paso. Hasta el Noticioso y Lucero que estaba en guerra con el Diario de la Habana, se mostró sumamente galante con *Felicia* aunque sus dos principales redactores el señor D. Isidoro Araujo de Lira, cuya reciente muerte deplora Cuba, y el señor D. Nicolás Pardo Pimentel, que se ha ausentado de ella años hace, naturales ambos de Galicia, ignoraban que la jóven escritora educada en la Grande Antilla, era su compatriota.

En todas las cosas el primer paso es el que cuesta. Lanzada ya en la carrera literaria y arrastrada por la fecundidad propia de los autores noveles, Felicia, sin detenerse apenas á corregir sus obras insertó en los folletines del Diario y Gaceta de la Habana (segun se ha dicho ha llevado ambos nombres el periódico oficial del Gobierno) las novelas que á continuacion se expresan:

Entretenimientos literarios.—2 tomos, año 44.

Mauricio, 1 tomo, año 45.

Una falta, un tomo, año 46.

Una deuda de Gratitud.—Comedia en un acto dedicada á la seccion dramática del Liceo y representada en el Teatro de dicho instituto en Marzo de 46.

Los dos Castillos, leyenda alemana—año 47.

Ursula—un tomo, año 48.

Una venganza—dos tomos, año 50.

Una Habanera—un tomo, año 51.

Perseverancia, algunas páginas de la vida de un gran poeta. un tomo 53, y ademas El Castillo de la loca Teresa. Una historia bajo los árboles, novelas cortas publicadas desde los años de 1844 hasta 1847.

A la vez que publicaba estas obras sueltas se comprometia *Felicia* á escribir desde el año 1848 un folletin dominical con el título de Ramillete Habanero, folletin que pasó á principios del año 1854 al Diario de la Marina, en el cual sale puntualmente todos los domingos; que cuenta por lo tanto, trece años de existencia; y que solo un domingo ha faltado al público, cuando falleció en el año de 59 la respetable y virtuosa madre de la autora. Dicha señora que salió jóven aun de Galicia, ha muerto anciana en Cuba sin dejar de volver los ojos con interés hácia su lejana pátria.

Desde que *Felicia* colabora en el Diario de la Marina, el periódico de mas circulacion y popularidad de la Habana, ha escrito no solo el folletin dominical sino tambien las obras siguientes que se han publicado por separado despues de haberse insertado en el Diario referido.

Un Amor Misterioso, episodio de la revolucion Francesa del año 93.

Otros tiempos, novela histórica.

Ambarina, historia doméstica cubana.

Cuando la célebre poetisa Señora Avellaneda á su regreso á su patria fundó el periódico quincenal titulado «Album de lo Bueno y lo Bello» *Felicia* colaboró en él constantemente desde su nacimiento hasta su fin, dando dos artículos cada mes.

A lo expresado se reducen los apuntes biográficos y literarios de *Felicia*, la cual ha continuado usando este seudónimo porque fué con el que se dió á conocer primero al público habanero. *Felicia* lamenta las circunstancias que le han impedido dar ensanche á sus ideas con las lecciones prácticas de los viages

Despues de haber atravesado el Océano en edad demasiado tierna para que le fuera el cambio de lugares de utilidad alguna, ha permanecido inmóvil en la Habana único mundo, que con el de sus libros, conoce prácticamente. Sin embargo, como los hombres son los mismos en todas partes, *Felicia* se jacta de conocerlos. Pero cuántas cosas ignora que sabria si hubiera recorrido los países que ha oido nombrar, si no tuviera que adivinarlo todo á falta de verlo, y si no la privara su inmovilidad de cultivar su verdadero género literario; el descriptivo!

En fin, aunque *Felicia* ama á Cuba como á una segunda patria, no olvida que nació en Galicia por la que pregunta siempre con interés, por cuya prosperidad for-

ma sinceros votos, y á la cual no pierde la esperanza de hacer algun dia una visita larga y afectuosa.

EL FIN DEL AÑO.

Epoca de graves y profundas reflexiones es en cierto modo la actual para la persona que piensa. La rapidez con que acaba de atravesar los días que separan á enero de diciembre, la admira ahora segun la admiró tambien doce meses há. En vano oimos repetir de continuo y por esperiencia sabemos que el tiempo tiene alas. Unicamente cuando volviendo atrás los ojos lo vemos huir con vertiginosa presteza conocemos que se nos escapa, robándonos la juventud, el porvenir y la vida. Entónces la mirada se fija en lo pasado con involuntario terror: la nada del mundo se nos revela con patentes rasgos, y la misteriosa eternidad nos indica por medio de la destruccion y los cambios terrenales que solo en Dios reside verdaderamente.

¿Qué distinguimos en efecto al través de las sombras de los trascurridos siglos? Ruinas y sepuleros. Las ciudades soberbias como Babilonia aparecen hoy deruidas ó encadenadas: los monarcas despóticos como los Césares de Roma impotentes en sus tumbas de mármol, ó en sus tronos, regidos por leyes nuevas; los pueblos conquistadores como los de Atila, borrados de la faz del globo, ó reducidos á su turno á la esclavitud. Bajo la inexorable segur del tiempo la fuerza ha sucumbido, el orgullo se ha humillado, el vigor ha desaparecido, los imperios han caido derrocados, los erguidos monumentos se han convertido en polvo y los mas influyentes personajes han sido vencidos por un poder superior al suyo. Solo la muerte ha proseguido imperturbable su tarea triste y penosa. Lo propio antes que despues; en las edades antiguas que en las modernas, ha recordado inflexible á los humanos la suprema hora de que imprudentes se olvidan. Justa, aunque severa, no ha reparado en categorias ni dignidades para ejercer su solemne mision, y trasladándose de la choza al palacio, y del palacio á la choza, ha probado á los engreidos y vanidosos que todos los hombres son iguales á los ojos del Padre universal.

Pero estas ideas lejos de arrojar opaco velo sobre el fin del año, lo hacen plácido y alegre. Por lo mismo que en él trae á la memoria el pobre mortal su breve permanencia en la tierra, se muestra mas benévolo y afable con sus semejantes; por lo mismo, si, que detiene entonces su pensamiento en el melancólico adios que ha de dirigir dentro de poco á los suyos, se aproxima á ellos con mayor complacencia y ternura. De ahí dimanar las fiestas y regocijos íntimos que se preparan para últimos de diciembre. Todos comprendemos al llegar dicho mes que hemos dado un paso mas hácia el cementerio, y todos deseamos por consiguienste aprovecharnos de los días de sol antes que el manto de luto de la parca los anuble.

Nadie mira con indiferencia el arribo de la popular Noche-buena y no ménos querida Pascua de Navidad. El ceño de la persona mas adusta se desvanece á impulsos de la satisfaccion que ambas causan. Proviene

su general prestigio de que en vez de apartarnos del hogar doméstico, centro respetable de las privadas virtudes, nos proporcionan en su recinto cien inocentes goces. Su espíritu puro y patriarcal, que no fomenta el orgullo y la ostentación como otras épocas de festejos públicos, reúne las familias, estrecha los lazos de su cariño, les manifiesta que los verdaderos placeres moran en su afectuoso seno, y penetra por lo tanto todos los corazones de profundo deleite. No se necesita arruinarse comprando raras galas, ni contraer deudas adquiriendo inútiles oropeles, para colocar en sus aras la ofrenda apetecida. El sencillo homenaje de las almas agradecidas y contentas con los dones de Dios llena sus aspiraciones, realiza sus esperanzas y constituye su guirnalda de amor y fé.

En el seno de la familia, repito, brotan como flores en ameno jardín los regocijos del fin del año, por que una familia sagrada los produce. Contemplad los monumentos conmemorativos que construye por este tiempo la devoción en todos los ámbitos del orbe católico. No los forman mármoles ni alabastros espléndidos sino cabañas y perspectivas rústicas: no los coronan obeliscos triunfales sino un *humilde establo* al cual conduce radiante y misteriosa estrella. Su techumbre cobija santo, tierno y patético grupo que hasta el ateo no osa mirar sin veneración. Compónese de una muger de incomparable hermosura, de un infante divino que sonríe con celeste benevolencia á los que van á adorarle, y de un magestuoso anciano que completa el conjunto conmovedor de la infancia, la juventud y la vejez sin mancilla ni pecado alguno, sirviendo de modelo de perfecta virtud á los hombres en todas las estaciones de la vida temporal. Reyes y zagales acuden en torno de los tres, favorecidos por la luz de la revelación suprema. Todos se postran á sus plantas, entonando piadosos cánticos; todos alombran su pobre mansión con perfumadas rosas, y todos rinden tributo á la grandeza omnipotente que renunciando á deslumbrar los sentidos se dirige al alma con modesta sublimidad.

Ese sencillo y admirable cuadro nos representarán dentro de pocas semanas los *nacimientos* tan bellos á pesar de sus frecuentes anacronismos, tan interesantes á despecho de los errores históricos que suelen desfigurarlos. Las madres prometen de antemano á sus pequeñuelos que los llevarán á verlos á menudo. ¿Cómo han de dejar de cumplirlo? Una madre amantísima y universal es la bendita heroína del sagrado poema cuyas primeras páginas se desarrollaron entre el musgo de las campiñas y el olor de las florecillas silvestres. María, misericordiosa, confidente de sus esperanzas, de sus suspiros, de sus alegrías y dolores, aguarda su homenaje. ¡Ah! Todas se apresuran á ofrecérselo, celebrando con efusión sincera la noche milagrosa en que del immaculado seno de la Virgen de las vírgenes nació el Salvador. Los niños á su torno saludan con transportes de gozo la grata fecha que les trae el contento por muchos estilos. Un niño es el principal personaje de la portentosa historia que asombrados escuchan, y el lindo rostro del infante Jesús, mezclándose con el placer de las vacaciones y los regalitos de Navidad, los eleva al quinto cie-

lo. El padre de familia, por último, participa también entusiasmado de la animación que le circuye. Brilla su semblante como el de S. José bajo la influencia del sublime acontecimiento que arrebató su presa á Satanás; florece su corazón como la vara del patriarca en medio del alborozo doméstico que suscita, y feliz por que puede solemnizarlo en brazos de los suyos no trocaría su suerte por la del Soberano á quien no permite su alto puesto entregarse con igual franqueza á la expansión del espíritu.

¡Hermoso en verdad bajo este punto de vista es el fin del año! Al revés de otras muertes, cantos de júbilo acompañan su agonía: inmenso banquete constituye sus funerales. No hay casa bastante pobre é infeliz en el mundo cristiano para que en su recinto no se cene la Noche Buena, ni se degüelle el pavo pasual en la mañana inmediata. El veinte y cuatro del que cursa el útil, pero severo trabajador endereza la encorvada talla, se enjuga la frente, suelta los instrumentos de labor, y á olvidar se dispone durante varios días su fatigosa actividad. Ya arroje en un rincón la pluma ó la azada, el pincel ó el escoplo, de todas maneras cruza sus cien brazos: y dice exhalando un suspiro de alivio: —«Cuando Cristo nació deben descansar sus criaturas.» Espárcese entonces en la ciudad un aire de unánime satisfacción que forma parte de la satisfacción misma. Los rostros están risueños, los ánimos dispuestos á la benevolencia, los corazones inclinados á la tolerancia y á la filantropía. ¡Ay! ¿Por qué ha de ser tan pasajera esa fraternidad? ¿Por qué ha de volver enseguida el hombre á echarse sobre los hombros el fardo triste de la ambición y el egoísmo, que al abrumarlo lo convierte en enemigo de sus semejantes? ¿Por qué queriendo cada uno monopolizar la dicha para sí ha de impedir que constituya el patrimonio de todos?

En la Grande-Antilla hace mas grata aun la despedida del año la temperatura primaveral de diciembre, que acaba de ahuyentar la fiebre terrible que se oculta como un monstruo insaciable entre los pérfidos vergeles del verano de los trópicos, restituye el vigor al cuerpo y al espíritu, enervados por la atmósfera de fuego de la canícula, restablece completamente la salud pública, y cubre de blancos y olorosos azahares el ara de Himeneo. Desde que se acerca tan benigno mes emigradas de glaciales climas atraviesan en bandadas los aires, forasteros cantores de distantes naciones llegan en tropel á la Habana, artistas y juglares de todas clases corren hácia sus teatros, novios de todas condiciones se dirigen á porfia á sus templos, y el bullicio mercantil cesa de formar por sí solo la sangre arterial de la capital de Cuba. Intelectuales goces y sociales recreos se mezclan en ella con ese enérgico resorte de las poblaciones comerciales: frescas rosas brotan, digámoslo así, en el polvo de sus muelles, y al ruido de los prosáicos carretones se unen las poéticas melodías destinadas á recordar expresivamente á sus habitantes que vale poco la posesión del oro si no la acompaña la de la cultura.

Nada turba en esta Isla privilegiada la placidez del fin del año. Ni nieblas ni escarchas se oponen á que espire como el último poeta de Teos coronado de flores.

Un firmamento azul, trasparente y radioso alumbra sus postreros instantes. Los celages de que suele salpicarlo el invierno, blancos como la nieve, ligeros como la espuma, fugitivos como la hoja que arrebatada el viento, aumentan su encanto, lejos de disminuirlo. Románticos y locos van y vienen en las profundidades del espacio, volando tan pronto al sol con diáfanos encages como fingiendo en torno suyo fantástica guirnalda en cuyo centro chispea, inflamada de amor, la órbita del astro tropical. Algo de extraordinario y nuevo para organizaciones abatidas por los rigores del pasado estío parece flotar á la vez en el ambiente. El pecho late con aceleracion, la mente se despeja, el deseo se lanza hácia los distantes horizontes que descubre al desvanecerse el sopor que lo ha contenido, y el hijo de la zona tórrida interior dura el cambio atmosférico, se siente animado por la actividad moral y física del hijo del Norte.

Mas por bellos que sean aqui los dias de diciembre no superan á sus noches en atractivo. Alzando ahora los ojos á la bóveda etérea despues que ha terminado el vespertino crepúsculo distinguimos cual siempre una diafanidad en el aire que acrecienta el brillo de las estrellas. El sentimiento de lo infinito se apodera de nuestra alma contemplando la inmensidad tachonada de diamantes relucientes y claros como la voz de la razon, que repite á la humanidad en conjunto: «Únicamente Dios ha podido crear y sostener semejantes maravillas.» Y, agregando á esto la sensacion de deliciosa frescura que, descendiendo de la cúpula del mundo á las horas citadas, se impregna en las ideas, se comprende que cuanto vemos y tocamos entonces, se nos figura jóven, virgen y puro como el ángel de la ilusion que entra en nuestro seno conmovido por la inefable magia de una estacion tan suave y bonancible en la indiana América.

¡No queda duda! aqui la naturaleza toma parte en las festividades del fin del año. No hay luna tan esplendorosa como la de Diciembre, ni margaritas y aguinaldos tan peregrinos como los del propio mes. Visítad los campos como de costumbre en la próxima Pascua, y al compás del murmurio de dulcísimos céfiro, y de las trovas de melodiosas avecillas, hollará vuestra planta florido tapiz. En la ciudad y en la campiña cubana muere el año riéndose cual si supiera que va á resucitar en su sucesor.

Ved, pues, confirmado lo que indiqué antes; que el entierro del año se parece á un triunfo. Aunque mas de un infeliz lloré al mirarle fenecer, porque no mejora su infausta suerte, mas de una coqueta lo acuse porque en lugar de consorte le proporcionó nuevos desengaños, y mas de un partidario de la holganza o maldiga porque no le suministró el maná del cielo, ni una buena lotería, ni ninguno de los recursos casuales con que cuenta la indolencia para salir de apuros, el año al despedirse por medio de fiestas patriarcales y santas, de costumbres antiguas y pintorescas, de conmemoraciones tiernas y sencillas, despierta ecos de placer, de grato recuerdo y de agradecimiento justo en el alma de la cristiandad entera.

¡Rogemos al Todopoderoso, queridas lectoras, conserve siempre tan puro nuestro corazon que lejos

de presenciar aterradas el fin del año, pensando en que nos aproxima á *El* contribuya esa idea á que lo solemnicemos con mayor regocijo!—FELICIA.

Tenemos la satisfaccion de dar cabida en las columnas de nuestra Revista al siguiente Reglamento para la organizacion del servicio doméstico, con que nuestro ilustrado y celoso Gobernador civil D. Ramon Maria Suarez, tan amante de la prosperidad y sosiego de sus administrados, lleva hoy la paz y la tranquilidad al seno de las familias acomodadas de esta capital, organizando con tan sábia como ansiada disposicion una clase así necesaria como abandonada hasta aqui á sus ciegos é ignorantes instintos.

Mas figúrasenos que encarnado como se halla el egoismo en la generalidad de esta clase, debido á sus hábitos de libertad y caprichosa conducta, los efectos de tan importante medida para amos y criados, no ha de corresponder cual debiera á las previsoras miras del Sr. Gobernador, ya que no á los deseos del pueblo en general; por creer que el imperio de la ley cuando no lleva consigo el apoyo de la conviccion y tiene que chocar con legislados preocupados, pocas veces deja de ser efímera en sus efectos. Figúrasenos con razon que, dadas las condiciones de ignorancia é inmoralidad de la mayoría de esta clase, que la astucia se redoblará para debilitar la accion reglamentaria que la malicia hermana inseparable de la ignorancia mirará, sino se trata de evitarlo, como una imposicion tiránica, hija de vengativa influencia interesada en su abatimiento, circunstancia que la malicia de nuestra naturaleza pudiera explotar en determinadas circunstancias.

Preciso, es pues, que para que los beneficios de esta disposicion trascendental que tanto vigoriza el principio de subordinacion, tengan su cumplido efecto, que vaya acompañada de otra medida no menos influyente, sino mas necesaria, como fuente de las ideas que deben guiar la conviccion de la necesidad esta medida, á la mente de los reglamentados; á fin de que la culpabilidad individual jamás redunde en desdoro de una clase tan digna de proteccion, cuando sigue fielmente á sus amos lo mismo por los espacios caminos de la prosperidad, que por las escabrosidades de la desgracia; así como reo es del mayor castigo cuando, abusando de su confianza, no solamente desangra la propiedad doméstica, sino que lleva al seno de la inocente familia la contagiosa úlcera de la inmoralidad.

Esta segunda disposicion que debe ser la tabla salvadora del principio de autoridad, hoy oportunamente robustecido por el dignísimo Gobernador de esta provincia, á quien con la mayor confianza dirigimos nuestra humilde voz, seguros de que por su bondad y reconocida ilustracion no será desoida, es el establecimiento de *escuelas dominicales* que proporcione á los individuos adultos de uno y otro sexo, aquellos conocimientos de que carecieron en su descuidada educacion. La moral cristiana es la base mas sólida sobre que descansan la paz doméstica, así como las costumbres públicas.

Despues de esto, la lectura y escritura acompañadas de las nociones de aritmética y breves conocimientos de economia doméstica aplicados á las funciones de su clase conseguirán moralmente lo que no será permitido sinó violentamente á las disposiciones de la fuerza, reservadas despues, para el que tenga cerradas las puertas de su alma á la voz de la persuasion y de la justicia.

Pero antes del castigo aun consideramos dueño de la victoria la saludable emulacion del premio.

Prescindimos por hoy del exámen de las mejoras que el Señor Gobernador confia á la esperiencia y de que nos habla en la atenta comunicacion que se digna dirigirnos acompañando el Reglamento que nos ocupa;

para terminar estas leves indicaciones acerca del establecimiento de ESCUELAS DE ADULTOS bien sean nocturnas y diarias, ó bien dominicales; porque sabemos cuan ardiente es su amor á los progresos de la instrucción popular, y los cuidados que le ha consagrado en las provincias de su digno mando.

Por nuestra parte desde hoy ponemos á su disposición el concurso de nuestras débiles fuerzas, ansiosos como nos hallamos de que se realice esta segunda mejora como hermana gemela del reglamento del servicio doméstico que á su señoría cupo la gloria de secundar en la obra del Sr. Armijo, en esta ilustrada, cuanto creciente capital, que seguramente no será la última en adoptarla, asi como ella adoptará con satisfacción suma el establecimiento de las escuelas que tantos y tan felices resultados están prestando en Madrid, Barcelona, Sevilla y Valencia, y otras varias poblaciones de importancia que las han reconocido como necesidades de primer orden y que por otro lado entra en la ley de Instrucción pública vigente su institución. De este modo será cuando la perfección á que se aspira pueda arribar á feliz término.

FRANCISCO M. DE LA IGLESIA.

REGLAMENTO para la organización del servicio doméstico de esta capital.

El Excmo. señor gobernador de la provincia de Madrid acaba de publicar un Reglamento para la organización del servicio doméstico.

Tan importante materia era digna ciertamente del celo é interés con que la ha mirado aquella ilustrada autoridad, y le cabrá siempre la gloria de ser la iniciadora de los grandes beneficios que orzosamente tienen que reportar sus disposiciones.

En la ciudad de la Coruña, si bien en distinta escala y de diversa índole, se siente también la necesidad de regularizar tan importante servicio. Muchas veces el abandono de la educación de las personas que por su corta fortuna tienen que dedicarse al servicio doméstico y el poco respeto á las ideas que constituyen la moral privada, hacen que con frecuencia se sientan sus consecuencias en perjuicio de la paz doméstica, de la confianza que debe reinar en cuantos se albergan bajo un mismo techo, y algunas veces hasta del orden social. Nada hay mas triste que el recelo que inspira en los amos la entrada de un sirviente en su casa, porque faltan los suficientes conocimientos de sus cualidades, cuando la experiencia demuestra que, ya por caridad, ya por una compasión mal entendida, los informes privados que pueden tomarse no suelen ser exactos. En tal situación, y para dar una garantía al servicio doméstico, he creído oportuno acordar las disposiciones siguientes:

1.º No podrá dedicarse al servicio persona alguna, sin que previamente se halle inscrita en el registro que deberá abrirse en la comisaría de vigilancia, obteniendo la correspondiente cartilla en los términos que se expresarán.

2.º Los registros ó libros que deben abrirse en dicha comisaría, serán dos: uno para las mugeres y otro para los hombres, estendiéndolos por orden alfabético para que con la mayor facilidad pueda encontrarse el sujeto que se busque.

3.º Todo el que se dedique al servicio doméstico, tendrá que presentarse en la comisaría con la cédula de vecindad correspondiente, certificado de la autoridad local de su buena conducta y el consentimiento de sus padres ó tutores, si se hallase en la menor edad. Al hacerlo, á los hombres se les exigirá por el comisario exhiban el certificado que previene la Real orden de 17 de Julio último, en el caso de que se hallen comprendidos en ella.

4.º Hecho lo anterior, se facilitará al que la pida la correspondiente cartilla, que será un librito foliado de 20 hojas de papel, que entregará la misma comisaría, en cuyo libro se anotará el nombre del que

quiera dedicarse al servicio doméstico, sus señas generales y particulares, su edad y la buena conducta que debe hacer constar con la certificación de que queda hecho mérito en la disposición segunda.

5.º Ningun amo podrá admitir en su casa criado ni criada, sin que presente la cartilla de su personalidad, y el día que la reciba la anotará en aquella, asi como cuando se salga de su compañía, cuyas circunstancias pondrá en conocimiento de la comisaría para las debidas anotaciones.

6.º Los amos que hubiesen despedido cualquier sirviente, podrán acudir á la comisaría para manifestar las quejas que de ellos hayan tenido en cuanto á su moralidad, las cuales se anotarán en esta dependencia en el libro correspondiente.

7.º Sin perjuicio de lo dispuesto en el artículo anterior, el comisario de vigilancia podrá pedir los informes que crea útiles á los amos sobre el comportamiento de los criados que hubiese tenido, haciendo, en virtud de ellos, las aclaraciones oportunas en la hoja del libro en que se encuentre el sirviente.

8.º No se negarán por la comisaría á ningun amo que quiera informarse de las cualidades de la persona que desee entrar á su servicio, las noticias que de sus circunstancias resulten en su oficina; pero estas noticias han de ser confidenciales, y siempre procurando estén fundadas en hechos y no en la opinión pública, que no siempre es justa.

9.º Si un criado permaneciese dos ó mas meses desacomodado, el comisario de vigilancia, por medio de sus agentes, y por cuantas noticias crea oportuno tomar, averiguará el modo de vivir de aquél, su conducta y la ocupación á que se dedica; y en vista de ello, segun las circunstancias, tomará las medidas convenientes, dando parte á este Gobierno si el caso lo exigiere, para acordar lo que proceda. La calificación que forme de su conducta se anotará en la hoja respectiva, por si volviese dicho sujeto al servicio doméstico.

10.º El amo que faltase á lo que se prescribe en el art. 5.º, incurrirá en la multa de 40 á 100 reales, asi como si tolerase que sus criados no cumplan con lo que les está prevenido en el presente reglamento.

11.º Los criados, al recoger la cartilla necesaria para su servicio, entregarán en la comisaría por gastos de ella y demás que ocurran un real de vellón. El comisario llevará cuenta de estos ingresos, y el remanente que pudiese resultar, se entregará en el hospicio provincial de esta capital.

12.º Las personas de ambos sexos que se hallen en la actualidad dedicadas al servicio doméstico, deben proveerse de la cartilla, que se les facilitará en la comisaría, debiendo expresarse en ella que están en actitud de seguir en su ocupación. Dichas personas no necesitarán llenar los requisitos prevenidos en el artículo 2.º que hablan de los criados de nueva entrada; pero si hacer constar en aquella dependencia su empadronamiento y aviso de sus amos, manifestando el tiempo que hace los tienen en su compañía.

13.º El Señor Alcalde de esta capital queda encargado de vigilar el exacto cumplimiento de las disposiciones anteriores, y de hacer presentes á este Gobierno, no solo las faltas que en el particular advierta, sino también las observaciones que le parezcan convenientes, para que el arreglo del servicio de que se trata, produzca los mejores resultados posibles.

Este Reglamento empezará á regir y observarse desde 1.º de Enero del año próximo de 1862.

Coruña 11 de Diciembre de 1861—El Gobernador, Ramon Maria Suarez.

Editor responsable,

D. FRANCISCO DE LA IGLESIA.

IMPRESA DEL HOSPICIO:

á cargo de Mariano Marcos y Sancho.